

semejante situación la intempestiva invasión de los productos británicos. Los azúcares, los cafés, los tejidos de algodón, etc., tan ardientemente deseados por las poblaciones del continente, esparcidos con abundancia por toda la Alemania desde el año 1813, inundaron la Francia en 1814, apenas entraron en ella los ejércitos coligados. Todos estos géneros habían atravesado el Rin, el Escalda y el Mosa, y seguido paso á paso á los soldados de la coalición, ó simplemente desembarcado en el litoral, porque nuestros puertos se apresuraron á reconocer el pabellón británico antes de recibir órdenes de París. De todo esto resultó que nuestros tejidos de algodón tuvieron que luchar con los de los ingleses, los que reunían á las ventajas de su fabricación económica la de no haber pagado el derecho del 50 por 100 impuesto á las primeras materias; resultó que el café inglés, que costaba en Londres á 28 sueldos y en nuestros puertos á 38, hizo concurrencia al café francés, que á este precio debía añadir 46 sueldos de derechos pagados al Tesoro, quedando desde entonces invencible, puesto que no podía expenderse sino al precio de más de 4 francos. El azúcar y los demás géneros coloniales se hallaban en el mismo caso. Si se hubiera alcanzado la paz sin la invasión extranjera, la mejor determinación que hubiera podido tomarse hubiera sido la de suprimir gradualmente los derechos, con el fin de facilitar á las mercancías recargadas la ocasión de agotarse en la venta; pero habiéndose verificado simultáneamente la doble invasión de los soldados y de los productos extranjeros, era preciso sufrir las consecuencias de este doble suceso, y no prolongar el mal, prolongando la existencia de unas tarifas inaplicables en lo sucesivo.

Era necesario, por ejemplo, eximir á los algodones en rama del pago de derechos, para que nuestras fábricas no tuviesen que soportar este peso en su lucha contra los productos británicos. También era preciso disminuir sensiblemente los derechos del café, del azúcar y en general de todos los géneros coloniales, á fin de que el comercio francés pudiera presentarlos en competencia con el inglés. Así pues, los cafés que costaban en Londres á 28 sueldos la libra, sólo debían pagar 6 sueldos, cantidad que elevando su precio á 34, permitía al comercio darlos á 38, que era el precio á que estaban en París desde la entrada de los extranjeros. Sin poner en planta estas medidas, nuestros mercados hubieran sido provistos exclusivamente por los defraudadores, que vendían á precios insignificantes las mercancías introducidas en Francia después de la invasión del enemigo.

Estos motivos palmariamente expuestos sirvieron de preámbulo á un decreto por medio del cual se modificaron provisionalmente las tarifas. Con este decreto suprimió el ministro derechos sobre el algodón y demás primeras materias, redujo siete octavas partes de los derechos sobre el azúcar y el café, prometió restablecer las aduanas en el momento en que los ejércitos coligados evacuasen el territorio, y anunció asimismo para entonces el establecimiento de nuevas tarifas, que protegerían suficientemente á nuestros fabricantes contra los extranjeros, sin hacerles pagar demasiado caras las primeras materias, y no gravando los géneros coloniales, algodones, azúcares, cafés, etc., más que con los derechos indispensables al Tesoro.

Estas medidas, aunque acertadas, no tranquilizaron completamente á nuestras ciudades manufactureras, que temían, al verse gobernadas por príncipes venidos de Inglaterra, una condescendencia extremada con el comercio británico; pero atenuaron los sufrimientos, disminuyeron al mismo tiempo las inquietudes é hicieron concebir la esperanza de un sistema sabiamente basado, para cuando las circunstancias permitiesen aplicar al comercio y á la industria una legislación definitiva.

A las medidas de interés general se añadieron otras especiales en beneficio de las provincias arruinadas por la guerra. Se enviaron agentes para que hiciesen levantar de nuevo los puentes destruidos, reparar los caminos impracticables, dar sepultura á los cadáveres, reorganizar el servicio de correos, y en una palabra, restablecer el orden en todas las cosas usuales y materiales. Por todas partes las poblaciones, afligidas con desgracias del país, pero consoladas con la paz, comenzaban á tener confianza en los Borbones, se prestaban gustosas á hacer lo que se las decía y contribuían con sus mismas personas á ejecutar las órdenes dictadas en París. Sin embargo, si se lograban vencer las principales dificultades, al menos en las provincias que habían sido evacuadas por los invasores, no sucedía lo mismo en las que el enemigo ocupaba todavía. En estas últimas se tropezaba con el obstáculo de las tropas extranjeras, que creyendo poder ejercer una autoridad absoluta, cometían toda clase de excesos. No se contentaban con saquear las quintas, destruir las cabañas y ultrajar á las mujeres, sino que se apoderaban de las propiedades del Estado y vendían las maderas, la sal y los metales depositados en nuestros arsenales. Esto era una expoliación universal, privada y pública, que además de arruinar al país exasperaba á los habitantes y los hacía poco afectos al nuevo gobierno, injustamente considerado por ellos como aliado y cómplice de los extranjeros.

Así es que pedían á grandes voces la retirada de los ejércitos coligados. No habían venido, según lo que habían dicho sus generales al pasar el Rhin, para humillar á la Francia, sino para libertarla. Vencido ya Napoleón, desarmado y ausente, y siendo los Borbones universalmente aceptados, ¿con qué razón podían permanecer en Francia?

Este silogismo tan justo, y puesto más en relieve por los sufrimientos que se experimentaban, penetró en todos los ánimos, y un voto unánime, elevado á los ministros y de los ministros al príncipe depositario de la autoridad real, reclamó la evacuación inmediata del territorio francés. Este deseo tan natural, tan general y tan respetable, era sin embargo irreflexivo. ¿Podía hablarse por ventura á los soberanos extranjeros de la evacuación de la Francia, sin provocar al mismo tiempo de su parte una demanda de evacuación respecto de los territorios que nosotros ocupábamos todavía? Y con efecto, estos territorios eran plazas tales como Hamburgo, Magdeburgo, el Texel, Flesinga, Berg-op-Zoom, Amberes, Mons, Luxemburgo, Maguncia, Lérida, Tarragona, Figueras y Génova, todas con un considerable material de guerra y algunas de ellas con magníficas flotas. ¿Era posible pedir á los austríacos, á los rusos, á los prusianos y á los ingleses que abandonaran la Champagne, la Lorena, la Alsacia y el Langüedoc sin que ellos á su vez nos exigiesen el abandono de las plazas princi-

pales que no estaban destinadas á ser de nuestra pertenencia? De esto debía resultar el grave inconveniente de desprendernos de prendas de gran precio y de gran importancia en las negociaciones de la paz futura. Las condiciones de esta paz no podían variar mucho, es cierto, porque el principio de sostener las fronteras de 1790 estaba tan generalizado y defendido, que sólo la victoriosa espada de Napoleón hubiera podido modificarle; pero al consentir en abandonar las provincias rhinianas y la Bélgica, es decir, el Rhin y el Escalda, hubiéramos podido conservar para Francia, como no tardaremos en verlo, una excelente y sólida frontera entre estos ríos y nuestros límites de 1790, frontera que se hubiera podido conseguir negociándose con energía y paciencia, en nombre de los Borbones, en el de la benevolencia que inspiraban, y en el del gran deseo que se tenía de hacerlos populares. Y el mejor medio de alcanzar esto hubiera sido seguramente la posesión de prendas tales como las de que iban á deshacerse, porque es muy fácil imaginar la confusión en que se hubieran visto los soberanos aliados si hubieran necesitado recuperar á viva fuerza las plazas de Hamburgo, Magdeburgo, Amberes, Maguncia, etc. Por tanto, ¿era posible, lo repetimos, reclamar la evacuación de la Francia, sin provocar inmediatamente la misma reclamación con respecto á los territorios que ocupábamos al lado opuesto de nuestras fronteras? Ciertamente que no, y ninguno de los negociadores hubiera sido atendido al formular cualquiera de estas pretensiones sin aceptar la otra.

Es verdad que se hubiera podido conceder la evacuación de las plazas más lejanas, tales como las de Hamburgo, Magdeburgo, el Texel, Flesinga al Norte, y las de Lérida, Tarragona y Figueras al Mediodía, procurando conservar las de Amberes, Maguncia, Luxemburgo y Mons como las más cercanas; pero las potencias hubieran visto en esto la intención de negar el principio de las fronteras de 1790, y el mismo caso hubieran hecho del ofrecimiento de una evacuación parcial que de una negativa de evacuación completa.

Lo que hubiera debido hacerse era esperarse todavía uno ó dos meses, pidiendo al emperador Alejandro y á sus aliados que dictasen las órdenes más terminantes para que fuesen tratadas con menos crueldad nuestras desventuradas provincias. Si al mismo tiempo, en medio de los sufrimientos que se padecían, se hubiera reflexionado un poco, se hubiera comprendido que, aunque firmasen inmediatamente un convenio de evacuación los ejércitos aliados, no saldrían de Francia antes de dos meses, sobre todo á causa de las pretensiones que tenían de apoderarse de algunos de nuestros depósitos de material de guerra, y que durante estos dos meses podría concluirse la paz, como sucedió efectivamente. Es cierto que el rey estaba ausente, pero su ausencia, que no impidió la entrega de las primeras plazas de Europa, no debía impedir del mismo modo que se diese principio por lo menos á la discusión de las bases en que debía fundarse la paz. Mas el dolor no reflexiona, y su deseo tan imperioso como unánime obligó al gobierno á entablar las negociaciones para una evacuación que necesariamente debió ser recíproca. Añadamos aún, á fin de ser justos, que los puntos que se trataba de abandonar, Hamburgo, Magdeburgo, el Texel, Lérida, Tarragona y otros, eran testigos de una política locamente

reprobada por entonces y de la cual no se quería conservar nada que pudiese sostenerla.

Mr. de Talleyrand, encargado de llevar á cabo esta negociación, como era natural, fué escuchado con interés por los representantes de las potencias, y con una falsa benevolencia de la Francia, por la que, según decían, se habían apresurado á desembarazarla de la ocupación extranjera. También estaban impacientes los aliados por la restitución de las plazas que les habíamos invadido. No hay duda de que Prusia estaba segura de recuperar tarde ó temprano á Magdeburgo y Hamburgo, Inglaterra á Amberes, y Austria á Maguncia; pero hay en el deseo tan ardiente impaciencia, que no se satisface más que con la inmediata posesión del objeto deseado. Así es que prometieron evacuar la Francia sin pérdida de tiempo á condición de que nuestras guarniciones evacuasen los puntos que hemos citado más arriba. Tampoco nos fué posible conservar á Amberes, Maguncia y Luxemburgo al restituir Hamburgo, Magdeburgo, etc. En vista de esto, los monarcas aliados prometieron tratar á la Francia bajo el reinado de los Borbones con más atención que bajo el imperio de Bonaparte. Sus ministros no desmintieron esta promesa, y permaneciendo firmemente partidarios del principio de la frontera de 1790, ofrecieron sin embargo una extensión territorial al lado opuesto de los límites de 1790, que podía traducirse por la adición de un millón de habitantes. En la imposibilidad de alcanzar más, tuvo que contentarse Mr. de Talleyrand con esta promesa. A pesar de estos arreglos, quedaba todavía por resolver la cuestión grave de lo que debía hacerse con el material encerrado en las plazas que se restituían. En ellas, además de la artillería montada, había un vasto material de todas clases, que si no se hubiera podido salvar, pudiera al menos haberse hecho algo para no desprenderse de él; pero apenas se ocuparon de esto, deseosos como estaban por una y otra parte de concluir cuanto antes las negociaciones, y se contentaron con estipular que nuestras tropas saldrían de las plazas con armas y bagajes, llevándose tres piezas de campaña por cada millar de hombres. Con esta falta de cuidado no se perdió más que dinero, treinta ó cuarenta millones quizá; pero esta pérdida, á pesar de no tener comparación con la del territorio, fué sin embargo una pérdida. No se cuidó más que de las magníficas flotas que habíamos construído y conservábamos en algunas plazas marítimas; y esta parte del material fué reservada para motivar una especial negociación cuando se tratase de la paz definitiva.

Por consiguiente, se convino que las tropas extranjeras evacuarían el territorio francés (el de 1790) á medida que se efectuase la evacuación de las plazas lejanas que ocupábamos, las del Rhin en diez días, las del Piamonte y la Italia en quince, y las de España en veinte. Las más apartadas debían hallarse libres en 1.º de junio. Era cosa corriente, por otra parte, que los prisioneros de todas las naciones, dondequiera que estuviesen, serían recíproca é inmediatamente canjeados.

Este convenio, firmado por Mr. de Talleyrand el 23 de abril, fué en aquel mismo día sometido al conde de Artois y á su consejo; y, cosa singular, que prueba la influencia ordinaria de las preocupaciones del momento, no fué objeto de la menor observación, porque res-

ponía á un deseo universal, el de la evacuación del territorio (1). El desdichado príncipe, sobre el que más tarde debía hacer caer este convenio el peso de una impopularidad poco merecida, incapaz de prever las consecuencias, creyó de buena fe que libraba á la Francia de la presencia de los soldados extranjeros y le firmó con alegría. Se publicó inmediatamente, y el primer día encontró en la opinión pública el mismo apoyo que en el consejo real. Pero la crítica no debió tardar en despertarse y ser, gracias al nuevo estado de los ánimos, tan acerba como universal.

Con efecto, desde la caída de Napoleón, es decir, hacía un mes, se había operado en los ánimos un cambio considerable. De la sumisión absoluta, del silencio casi completo que habían reinado durante el imperio, se había pasado de pronto á una singular vivacidad de sentimientos y de lenguaje. Mientras que comenzaba á propagarse y á parecer acertada y necesaria al público en general la idea nueva y un tanto sorprendente de la vuelta de los Borbones, al mismo tiempo que éstos se hacían populares por sus desdichas y sus virtudes, se suscitaba á cada instante una querrela viva y amarga entre los partidos súbitamente renacidos. La prensa había recobrado alguna libertad de hecho, no de derecho, porque los reglamentos imperiales de imprenta estaban aún en uso. El gobierno se limitó á devolver sus bienes á los propietarios de los periódicos despojados arbitrariamente por Napoleón, y les exigió que designasen á un redactor principal para que respondiese del contenido de cada publicación periódica. La libertad de la prensa nació, pues, bajo esta forma equívoca, que la hacía depender del director del periódico. Según costumbre, era la prensa la más viva expresión de las pasiones de entonces, pasiones que eran un odio al imperio, á sus continuas guerras y á su gobierno arbitrario. Reinaba, pues, en ella un terrible encarnizamiento contra Napoleón, contra su familia, contra sus ministros y contra todo cuanto le había pertenecido. Remontándose á tiempos anteriores, no tardó en pasar del imperio á la revolución, la que á su vez no despertó menos cólera é invectivas que el mismo Napoleón. Por más que el conde de Artois, al entrar en París, había hablado de olvido, y por más que el senado hizo de él una condición expresa para la vuelta de los Borbones, este olvido, más fácil de prometer que de realizar, no fué practicado por nadie. A cada instante se recordaba la cruel muerte del duque de Enghien, y, más violentamente todavía, la muerte inicua del desdichado Luis XVI. Llegó á ser tal el desenfreno desde este punto de vista, que se olvidó por un momento á Napoleón para ocuparse exclusivamente de los regicidas y lanzar sobre ellos un torrente de injurias. Preciso era que la generación de entonces hubiera perdido totalmente la memoria, todo sentimiento de justicia y de humanidad, para no experimentar una inmensa piedad al acordarse del suplicio impuesto por hombres fanáticos á uno de nuestros mejores reyes, y, sin embargo, este grito de la conciencia pública era para la Francia y para su porvenir una soberana imprudencia. El clero, más inconsiderado todavía que el partido realista, y con menos fundamento en

sus excitaciones, guardaba también sus antipatías, y el principal objeto de ellas era el cardenal Maury. Sacerdotes, de los cuales muy pocos se habían atrevido á defender la causa de la Iglesia durante la revolución, y de los cuales ninguno había rechazado los favores del imperio, no perdonaban al cardenal Maury, al defensor más elocuente y más enérgico de su orden, el haber aceptado la diócesis de París. Comenzaron por llenarle de ultrajes, posteriormente se declaró la diócesis vacante, se nombraron vicarios capitulares y, en una palabra, se hizo cuanto se pudo para obligar al cardenal arzobispo á abandonar su puesto. Perseguido con tanta violencia, salió de París y cedió su lugar á sus encarnizados enemigos.

Cuando se busca á los partidos de este modo, no se tarda en hallarlos. Con efecto, bastaron muy pocos días para reanimar y unir á los hombres á quienes los realistas atacaban tan fuertemente. En el primer momento, estos hombres, divididos y consternados, se callaron. Los revolucionarios vengados del imperio con su caída, hasta gozaron de un instante de alegría. Los funcionarios civiles, los militares impacientes por asegurar su existencia, no se cuidaron al principio más que de manifestar su adhesión á los Borbones, y manifestáronla maldiciendo al senado que había destronado á Napoleón y aplaudiendo las burlas que contra él empleaban los realistas. Pero después de algunos días de reflexión, los revolucionarios y los funcionarios civiles y militares comprendieron que su suerte era común y que si el senado los había perjudicado perjudicando á Napoleón, los defendía también al procurarles garantías constitucionales, y comenzaron á colocarles bajo su amparo.

Leyendo en los periódicos del partido triunfante, los únicos que entonces hacían uso de la libertad de imprenta, las furiosas declamaciones que publicaban contra todo lo que se había hecho desde 1789, viendo reaparecer alrededor del príncipe y de los comisarios extraordinarios á los hombres de otras épocas, comprendían que con el nuevo orden de cosas no podían menos de hallarse en peligro, y cuando no, sin el favor del gobierno. Los militares particularmente (hablamos de los oficiales), abandonando en masa las filas, se dirigían á París. No se encontraba otra cosa en las calles y en los parajes públicos más que oficiales que acudían á tomar parte en la agitación general, ó á tratar de saber cuál era el porvenir que les estaba reservado. El ministro de la Guerra, el general Dupont, dictó una orden prescribiéndoles que volviesen á sus respectivos cuerpos, único lugar, decía esta orden, en donde debían esperar la suerte que en lo sucesivo les esperaba. En medió de la confusión que reinaba, ningún oficial obedeció el mandato, y continuaron todos en la capital donde la presencia de los soldados extranjeros los irritaba profundamente haciéndolos concebir los propósitos más peligrosos. Su principal complacencia era desenfrenarse contra los *traidores* que, según ellos, habían vendido á Napoleón y á la Francia.

El convenio de 23 de abril, cuyas condiciones inevitables hemos expuesto más arriba, acogido desde luego como una cosa muy natural y hasta muy deseable, puesto que estipulaba la evacuación del territorio, no tardó en ser juzgado de otra manera por los ánimos de estos hombres revoltosos. Por más que Hamburgo,

Magdeburgo y Lérida no interesasen casi nada á la grandeza de la Francia, estos nombres recordaban, sin embargo, sucesos inmortales, y al ver por otra parte los militares que á la lista de estas lejanas plazas se añadían las de Maguncia, Luxemburgo, Wesel, Flesinga y Amberes, que se habían acostumbrado á considerar como plazas francesas, al ver que con un rasgo de pluma se cedían todas estas fortalezas, sin exigir en cambio las garantías de una indemnización, sufrieron un verdadero dolor. Hasta el público mismo, el público razonable y desinteresado, á pesar de la alegría de la paz, á pesar de la fundada prevención que tenía contra las conquistas en lejanos países, concluyó por experimentar una profunda tristeza por el abandono de tantas plazas importantes, y no gritó contra la traición como los militares, pero comprendió que se estaba bajo la mano de hierro de los extranjeros, y que al lisonjear á la Francia para hacerla más manejable, no la dejarían de su grandeza más que lo que no pudieran arrebatarla.

Con todo, una viva y universal satisfacción por la paz era siempre el sentimiento dominante, y si se oían amargas reprobaciones, era en boca de los hombres cuya existencia estaba expuesta con el cambio de gobierno, ó de los que se hallaban perturbados en su retirada con el desencadenamiento de las pasiones de los realistas. Por lo demás, el conde de Artois hacía cuanto podía para contentar á todo el mundo, y sobre todo para ganarse las simpatías del ejército. Invitaba á comer á los mariscales, á los generales, á los coroneles que se hallaban en París, y desplegaba toda su galantería para agrararlos; pero era muy patente á los ojos de todos que no iban á las Tullerías más que como convidados, no como amigos y comensales. Los verdaderos huéspedes de este palacio, por que tantas generaciones diversas de origen, de carácter y de sentimientos habían pasado y debían pasar todavía, los verdaderos huéspedes eran los realistas, que comenzaban á afluir en gran número, ya de la emigración ó ya de sus provincias. Menos agasajados, menos lisonjeados sin duda que los jefes del ejército, pero evidentemente más queridos, eran los únicos que gozaban de una regia intimidad. Entraban en palacio á todas horas, y cuando el conde de Artois no podía recibirlos en persona, encargaba de este cuidado á sus familiares. Como ya hemos dicho, se escuchaban sus testimonios de adhesión, sus ofrecimientos, se atendían sus indicaciones y se los dejaba constituirse en una especie de policía, que simplemente oficiosa al principio, no tardó en pretender desempeñar otro papel.

Ya hemos hablado de los hombres que el conde de Artois había tenido la debilidad de admitir á su lado, y con los que se había cometido la imprudencia de darles ó dejarles tomar el desempeño de ciertas comisiones. Algunos de ellos se habían encargado de perseguir á la princesa Catalina, mujer del príncipe Jerónimo Napoleón. Esta princesa, hija del rey de Wurtemberg y objeto por sus dotes personales de un respeto merecido, fué detenida cerca de Fossard cuando trataba de volverse á Alemania. La despojaron completamente, y los hombres que llevaron á cabo este despojo, proclamándose encargados de una comisión especial, cuyo fin era el de hacer ingresar en el Tesoro los valores pertenecientes al Estado, condujeron á las Tullerías los cofres de que se habían apoderado y que al parecer se halla-

ban intactos. Poco después de consumarse este acto, llegó á noticia del emperador de Rusia, quien indignado por lo sucedido envió á su ministro para que se quejase y pidiese una reparación del ultraje cometido con una princesa respetable, protegida por el tratado del 11 de abril y que además era su próxima parienta. Para dar una primera satisfacción se apresuró el gobierno á devolver los cofres, que fueron hallados vacíos. Los diamantes de la princesa, valuados en cerca de un millón quinientos mil francos, habían desaparecido. Los hombres que la detuvieron procuraron defenderse negando lo que se les achacaba, y amenazaron comprometer al gobierno provisional si se les perseguía, declarando cuál era la comisión que se les había dado. Esta comisión, de la que no hacían un misterio, había sido la de asesinar á Napoleón.

Esto era ciertamente muy dudoso, pero en medio de aquel caos era notorio que se habían cometido muchas imprudencias de palabra, y que si se continuaba de aquella manera podrían multiplicarse los incidentes enfadosos. No hacía veinte días que se hallaba en París el conde de Artois, y ya se deseaba que llegase Luis XVIII y tomase en sus manos las riendas del Estado; este era el deseo de los amigos ilustrados del príncipe y del príncipe mismo, que aunque se complacía en mezclarse en todo, estaba sin embargo asustado de la responsabilidad que cada día le abrumaba más, porque, con efecto, le era preciso dictar órdenes tan pronto sobre los impuestos como sobre el porvenir del comercio, y hasta sobre el territorio, y esto lo hacía en ausencia de un hermano á quien temía, porque era rey y muy celoso de su autoridad. Sus dos hijos se habían reunido á él. El duque de Angulema, príncipe modesto, valiente, de poca capacidad, pero prudente y de buen sentido, había llegado desde hacía más de un mes á Burdeos. El duque de Berry, dotado de ingenio natural, de sentimientos generosos, pero arrebatados, había penetrado en Francia por la Bretaña y la Normandía. Los dos fueron recibidos á las puertas de París con mucha pompa y grandes demostraciones de júbilo, y el nuevo contingente de realistas ardientes que trajeron con ellos no fué una garantía más de unidad y de prudencia para el gobierno.

La presencia del rey era, pues, justamente deseada, porque se confiaba en su acierto, y porque el público estaba impaciente de verle resolver lo más pronto posible una multitud de cuestiones dejadas en suspenso hasta su llegada. ¿Cómo acogería este monarca las condiciones que el senado pretendía imponerle? ¿Qué valor daría á los compromisos aceptados en su nombre por el conde de Artois? Esto era lo que motivaba las dudas que se necesitaban resolver, y mientras llegaba el momento, cada cual trataba de prevenir á Luis XVIII en favor de sus ideas y de sus intereses.

El conde de Artois manifestó á su hermano que no le habían comprometido más que de una manera muy vaga, y que por tanto le dejaba en libertad de obrar á su antojo respecto del texto de la Constitución senatorial, y más aún respecto del juramento exigido, y añadió que la verdadera obligación que había contraído, y aun para esto debía consultarse todavía la voluntad regia, era relativa á las bases generales de la Constitución, asunto al que podía darse una gran latitud.

(1) Mr. de Vitrolles, testigo ocular y secretario, dice que el consejo real no hizo ni una sola observación. (N. del A.)

No cabe duda de que el conde de Artois, para justificarse de haber echado sobre sus hombros todo el peso, trataba de atenuar los compromisos contraídos con el senado. Mr. de Talleyrand, que desde luego había enviado cerca de Luis XVIII á Mr. de Liancourt (quien no fué ni recibido ni escuchado, como verán nuestros lectores más adelante), y después á otros personajes menos dignos de esta misión; Mr. de Talleyrand, en vez de usar el lenguaje de la razón, quiso mostrarse complaciente, y deseando él también persuadir al nuevo rey de que se había moderado su autoridad, le indicó que lisonjeando á los mariscales y publicando en el momento de entrar en Francia una declaración general conforme con las ideas dominantes, satisfaría todas las necesidades de la época. Mr. de Montesquiou, sin abandonar sus ideas personales, fué más verídico y más atrevido. Al escribir á Luis XVIII, manifestó mucha ira contra el senado y contra la pretensión que tenía este alto cuerpo de imponer condiciones al trono, pero no ocultó ni la gravedad de las obligaciones que se habían contraído, ni la fuerza y la influencia que conservaba el senado. Le dijo que la Francia no era tan realista como se quería suponer; que muchos echaban de menos el imperio; que otros, aún muy ligados á las ideas de la revolución, no estaban decididos á sacrificarlas por poco precio; que el ejército sobre todo era generalmente hostil á la dinastía legítima; que los descontentos de todas clases, contando con la fuerza material de su parte, estaban prontos á colocarse detrás del senado y dar á este alto cuerpo un poder invencible; que era preciso contar con él por más que no agradase esta determinación; que se podría sacar algún partido de los celos del cuerpo legislativo, pero que este cuerpo era débil é incompleto, mientras que el senado representaba la autoridad principal; que era preciso tomar de su Constitución lo que tuviese de menos malo para formar con ello una nueva que emanase solamente de la autoridad real; y que por otra parte la situación de la hacienda exigiría probablemente un empréstito considerable, para el cual no se hallarían capitalistas sin la intervención de los altos cuerpos del Estado. Por más que estas nociones no fuesen completamente exactas, representaban al menos con más exactitud el estado de las cosas que las que habían hecho llegar á oídos del rey el conde de Artois y Mr. de Talleyrand. De todos modos, tanto las unas como las otras fueron en Hartwell un motivo de sorpresa.

Luis XVIII, que después de la muerte de Luis XVII, hijo desgraciado del desgraciado Luis XVI, llegó á ser legítimo según los principios de la monarquía hereditaria, residía hacía ya muchos años en Hartwell, Inglaterra, donde su afición al estudio y su quietud natural le habían fijado; se hallaba, por decirlo así, adormecido con la pacífica uniformidad de su destierro, cuando los terribles sucesos de 1812 despertaron en su corazón la esperanza casi extinguida. Así es que tuvo buen cuidado de hacer declaraciones menos generales que las precedentes, y encerrando promesas de reformar los antiguos abusos, de olvidar lo pasado, y de respetar la enajenación de los bienes nacionales, medidas que constituían entonces todo el programa de la emigración más liberal. Estas declaraciones, que fueron difundidas por toda Europa, apenas habían penetrado en Francia.

Cuando Luis XVIII supo los actos del senado, experimentó una alegría tan viva como la del conde de Artois, aunque menos expansiva, y en el primer instante no pensó en disputar las condiciones de su llamamiento al trono, como tampoco había pensado en ello su hermano al hallarse en Nancy. Por consecuencia, Mr. de Blacas, el hombre de toda su confianza y el ejecutor de todas sus voluntades, recibió la orden de confeccionar el acta de su adhesión á la Constitución senatorial. No le parecía, con efecto, que fuese comprar demasiado cara su vuelta á Francia aceptar una forma de gobierno, que desde que vivía en Hartwell había visto practicar á sus ojos con gran ventaja para la Inglaterra, y sin otro inconveniente que los disgustos, algunas veces demasiado serios, que ocasionaba á los ministros.

Estas fueron las disposiciones en que le hallaron los emisarios del conde de Artois, de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Montesquiou. Condescendiente, como vemos, con las cosas, lo fué mucho menos con las personas, porque las antiguas preocupaciones ceden más bien á las primeras que á las segundas. Las cosas no tienen rostro, pero las personas por el contrario poseen uno que revela frecuentemente impresiones dolorosas, rencores implacables.

El digno Mr. de Liancourt, odioso á la antigua nobleza por haber demostrado buen sentido en los primeros días de la revolución, y encargado además por Mr. de Talleyrand para dirigirse á Hartwell, fué recibido allí con tanta frialdad, que se volvió inmediatamente, no queriendo humillar ante emigrados, por más que fuesen de la más alta categoría, su elevada cuna, su talento y su honrosa carrera. Los otros mensajeros de Mr. de Talleyrand, y particularmente los del conde de Artois y los de Mr. de Montesquiou, fueron acogidos de distinto modo. Cuando Luis XVIII supo por ellos que el principio esencial de la legitimidad real estaba salvado tal como lo comprendían los rigoristas del realismo; que podía conservar no solamente los colores del antiguo trono, sino que empuñaría el cetro sin condición alguna, sin prestar juramento y bastándole una declaración general de principios, para satisfacer las exigencias de la situación, se apresuró á echar á un lado su acta de adhesión, y tomó una actitud completamente regia. Le aconsejaron que al salir de Inglaterra hiciese su viaje lentamente, para recibir en su marcha los homenajes de las poblaciones, y que se detuviese antes de llegar á París en uno de los palacios de la antigua monarquía, en el de Compiègne por ejemplo, magníficamente restaurado por Napoleón. Allí podría ver, oír á todo el mundo, y conocer á un mismo tiempo las cosas y las personas antes de entrar en la capital y de contraer obligaciones que aquella vez serían individuales é imprescindibles. El rey aceptó el consejo y acordó dirigirse por Calais á Compiègne para recibir allí el primer homenaje de sus súbditos, después de visitar en Londres al huésped á quien debía una noble hospitalidad, al príncipe regente de Inglaterra.

Luis XVIII hizo su entrada en Londres el 20 de abril; y se adivinan, sin que necesitemos explicarlos, los sentimientos que experimentarían los ingleses al ver restablecido en el trono de Francia la casa de Borbón. Mientras que todas las potencias de Europa habían, una después de otra, reconocido al que llamaban el usurpa-

dor, sólo Inglaterra, que no había reconocido á Napoleón en calidad de emperador, había acogido á los príncipes proscritos, ofreciéndoles su inviolable hospitalidad. En el fondo, por más que sus ministros lo negasen en el parlamento, había siempre trabajado en favor de los Borbones como lo único que podía vengarla más completamente de Napoleón y de la revolución francesa. Aunque más de una vez desease la paz, aunque más de una vez estuviese pronta á concluirla, no impidiéndose lo más que la obstinación de Napoleón respecto de España, olvidó por entonces sus horas de debilidad y no pensó más que en el último triunfo de la coalición, atribuyéndose todo el mérito de él. No eran, según decían los ingleses, no eran los generales prusianos, austríacos ó rusos los que habían tenido que habérselas con Napoleón en las terribles campañas de 1813 y de 1814: el triunfo definitivo se debía á lord Wellington, quien sin embargo había tenido que medir sus armas con el mariscal Soult, no con Napoleón. Nadie hubiera podido borrar estas ideas del ánimo de los ingleses, que se entregaban á una verdadera embriaguez de alegría y de orgullo. Es cierto que habían tenido una influencia considerable en los resultados, pero lo es también que ellos estaban llamados á aprovecharse de la mayor parte del triunfo. Sobre todo se figuraban, aún mucho más de lo que debía ser, que los príncipes de Borbón, llenos de gratitud, educados en sus costumbres, é imbuidos en sus ideas, serían los más constantes sostenedores de la política británica. Así es que resolvieron ofrecer á Luis XVIII un recibimiento magnífico. Durante los tres días que este príncipe pasó en la capital de Londres, todos los ingleses adornaron con la escarapela blanca sus sombreros y le prodigaron tantas aclamaciones como hubieran podido prodigarle en su propia nación. El rey entró en el palacio del príncipe regente llevando á su derecha á este príncipe, en cuyo brazo se apoyaba, á su izquierda el duque de York, y de este modo se dirigió á ocupar el regio asiento como rey y como huésped.

Apenas se sentó, rodeado de dos familias reales y de un inmenso concurso de señores ingleses, escuchó con la actitud más firme el discurso del príncipe regente, quien le felicitó por su vuelta al trono de Francia, acontecimiento, según él, dichoso no sólo para Francia, sino para Inglaterra, para Europa, para el mundo entero, y por el que los ingleses en particular experimentaban una alegría de familia. Luis XVIII respondió á este discurso dando las gracias al príncipe por sus testimonios de afecto, por su generosa hospitalidad, y añadió estas palabras tristemente memorables: *que á sus sabios consejos, á sus nobles esfuerzos, á la infatigable perseverancia de su nación, era á quien atribuiría siempre, después de la Providencia, el restablecimiento de su familia en el trono de Francia.*

Semejantes palabras, que respondían tan á tiempo á las pretensiones de los ingleses, fueron acogidas con entusiasmo. Propagadas al instante con la prontitud de la publicidad británica, causaron un efecto extraordinario. Al pronunciarlas Luis XVIII, pensó sólo en sus huéspedes queriendo demostrarles su justa gratitud en los términos más propios para conmoverlos, ó bien recordó al senado, que pretendía llamarle al trono condicionalmente, y á los soberanos del continente, que apoyaban al senado y que se fundaban al mismo tiempo en

los servicios que habían prestado á la casa de Borbón para darle y hacerle seguir sus consejos? ¿Quería decir tanto á los unos como á los otros que todo lo debía á Dios y á la Inglaterra? No se sabe; pero es probable que sólo hablase dominado por un puro sentimiento de cortesía hacia la nación de la que creía haber recibido más favores. Fuese lo que fuese, como sucede siempre, el efecto de estas palabras debía ser más grande que su causa.

Festejado en Londres durante tres días, aplaudido con frenesí por todas partes donde se presentaba, Luis XVIII, antes de partir, ofreció al príncipe regente el cordón azul, distinción la más brillante que podía conceder la monarquía francesa y que suponía el restablecimiento de la orden del Espíritu Santo; después salió de Londres el 23 de abril, y llegó el mismo día á Douvres acompañado del príncipe regente y de la mayor parte de los príncipes ingleses y de los primeros personajes de la aristocracia. Al día siguiente, 24, se embarcó y se hizo á la vela con dirección á Calais, escoltado por una flota de ocho navíos de línea, muchas fragatas y una multitud de pequeñas embarcaciones. La población de Douvres y de los alrededores, llevando la escarapela blanca en el sombrero, agitando los pañuelos blancos y guiada por el príncipe regente, saludó al monarca francés con sus aclamaciones, con sus votos, y no abandonó la ribera hasta que le hubo perdido de vista. El duque de Clarence acompañó á Luis XVIII hasta la costa de Francia y le abandonó al ruido del cañón de dos naciones que no había resonado en aquellos lugares desde el campo de Boloña. ¡Qué contraste! ¡Ay! ¡En nuestro agitado siglo han sido suficiente tiempo uno ó dos años para asistir á los espectáculos más inesperados y contradictorios!

Al llegar á Calais encontró el rey una multitud numerosa que le aguardaba, por decirlo así, de rodillas. Una vez acostumbrados los ánimos á la idea del restablecimiento de los Borbones, cada cual se apresuraba á gozar, á aprovecharse, á conmovirse ante su presencia. Por otra parte toda capital de provincia que recibe á su soberano, encantada con el honor que se le proporciona, vivamente excitada con un espectáculo nuevo y raro para ella, experimenta transportes de amor, pero menos duraderos de lo que cree, de lo que dice y de lo que se querría que duraran. No fué con alegría, sino con lágrimas, como se recibió á Luis XVIII, porque el imperio de los recuerdos ejercía en aquella ocasión una inmensa influencia, y sólo al pensar en la larga y sangrienta tragedia comenzada en 1789 y terminada en 1814, podían los franceses derramar lágrimas de todo corazón. La adulación se unió como siempre á la emoción, y con decir esto basta para que se adivinen todas las demostraciones de que fué objeto Luis XVIII. Después de consagrar un día á los habitantes de Calais y de los alrededores, durmió el 26 en Boloña, el 27 en Abbeville, el 28 en Amiéns y el 29 hizo por fin su entrada en Compiègne, donde le esperaba todo lo que tiempo y Europa tenían entonces de más grande y de más ilustre.

La impaciencia de ver al rey, de conocerle, era extremada, porque al estímulo de la curiosidad se unía el del interés. ¿A qué señor iban á prestar obediencia aquellos súbditos, originarios unos de la revolución y del imperio, y de la emigración los otros? ¿A qué aliado